



6 "Talmud I" (litografía)  
de Waldemar Kutner

## KUTNER, O EL IMPERATIVO ESPIRITUAL

Por MARGARITA NELKEN

**E**L pasado domingo, en estas mismas columnas, nos preguntábamos si la obra del joven pintor mexicano Francisco Icaza debería ser clasificada como manifestación de expresionismo autóctono. Ahora, ante los grabados del joven artista brasileño Waldemar Kutner, (Galería Carmel Art, Génova 65) cabe preguntarse si su expresionismo, por debajo —o por encima— de la capa técnica adquirida en los talleres de Poty y Novelli, en el Museo de Arte de Sao Paulo, y de la grabadora Renina Katz, no es afluencia única de un fondo multiseccular insoslayable, irreprimible en sus impulsos, reflexionados o no.

Chagall; Mané Katz; y también Soutine; desde luego. El fondo es común. Apenas, y no siempre, variando a compás de los climas migratorios, y de los nuevos ambientes constituidos, más o menos rápida e integralmente, en marco definitivo. Y ello vale por igual para el artista judío criado en el hermetismo de los ghettos del Este europeo, que para el artista judío nacido, como es el caso con Waldemar Kutner, (natural del Estado de San Paulo, Brasil) en emigración ya asentada por sus mayores, pero permaneciendo siempre, por natural inclinación, o anhelo de recrear en su obra la atmósfera que inicialmente envió su formación, apegado a unas visiones surgidas, inmutables, de ese fondo en que revolotean por igual los ángeles del lirismo de un Chagall, y los tipos deformados por huellas características, adrede acentuadas, del naturalismo de un Soutine.

Al cabo, si se quiere, expresionismo específico de medio y de raza, cuya ternura, envoltura infinitamente suspiriosa, al margen de distinciones étnicas e ideológicas, baña aún escenas que se dirían desgarradas, y rasgos que, de primera impresión, se dirían caricaturescos.

Fuera desorbitado apelar, en una exégesis de estas escenas y tipos de Kutner, a tópicos válidos para quien, en la factura expresionista, busca una válvula de escape de su imaginación: aquí, la realidad se nos presenta sin ambages ni opeles, y la poesía, hay que sentiría de muy adentro afuera, para no perderla en camino. En el camino, por demás ingrato, por el que avanzan, abroquelados en la rigidez de las intolerancias —las ajenas, porque padecieron, y no menos las propias, porque siguen, con frecuencia, en vano, padeciendo— estas figuras que, siglos atrás, le marcaron etapas decisivas de su ruta a la inspiración de un Rembrandt. Aquí, no hay imaginación, ni fueros de inventiva poética, y junto a estos hombres de los "Talmudes" y ghettos del grabador brasileño, los vuelos hacia lo alto y hacia el ensueño de un Chagall, nada tienen que hacer. Nada, salvo, ya quedó apuntado, remontarse hasta el fondo común.

Por supuesto, que podía Waldemar Kutner, como los

costumbristas de todas las escuelas, contentarse con sacar, de las apariencias, una emotividad fácil, sensiblera, que es todo lo contrario de la emoción brotada de una sensibilidad depurada, o cuando menos, aguda. Es el "cuadro judío" de tantos que, en todas las escuelas modernas de ambos mundos y particularmente a raíz de esta posguerra, que había de descubrirle, a un mundo que aun no ha vuelto de su asombro, a un tiempo la vesania del genocidio hitleriano y el resurgir de Israel, atrae la atención, espontánea o interesada, de cuantos hacen suya la rebeldía contra la doctrina racista, de nacionalismo zoológico, según la definición de Komaróv y esgrimen, frente a ella, frase de Pio XI, recordada, en memorable pastoral, en plena ocupación hitleriana de Francia, por el cardenal Sallé, de que no les es posible olvidar, a los católicos, que son, espiritualmente, semitas. El "chantaje" sentimental, al cabo, constituye la base de esos buenos sentimientos con los cuales, repetámoslo con Gide, se hacen las peores obras de arte; y, lo mismo en México que en otras partes, se dan con excesiva frecuencia realizaciones plásticas que son simple explotación de sentimientos de antemano sabidos por fáciles de explotar al respecto. Los pavorosos éxodos del pueblo judío, desembocando en esas matanzas nazis, que dejaron tamafitos los más tremebundos aniquilamientos de prisioneros en fabulosas victorias de la Antigüedad, son materia propicia para despertar simpatías, independientemente del mérito, específicamente artístico, de las obras que pretendan tenerlas por punto de arranque. No es este el caso; que, de serlo, nada nos interesaría.

Como nada habría de interesarnos el hechizo de un Chagall, si no sintiéramos de inmediato apuntada su inventiva por la seguridad, el pleno dominio de su oficio. Y, precisamente la interpretación expresionista; la que abreva para mejor caracterizar, y caracteriza tanto mejor cuanto que la intensidad del carácter es producida por la justeza de su síntesis; precisamente ese afán de "totalizar la vida en el estremecimiento de un instante" (Romero Brest), o sea, de imprimirle a la visión esporádica sentido de perennidad, al ser utilizado por un artista judío, para interpretar y fijar lo instantáneo, mas sacando de ello al exterior lo que entraña de superior al momento; lo que la actitud, el gesto de un momento, tienen de intimidad con aquellos de que esa actitud y ese gesto son consecuencia y resultado total, por ende, en su presente, nuncio certero de un futuro que, fatalmente, habrá de parecerseles; ese expresionismo, utilizado a manera de medida del tiempo, es lo que un Waldemar Kutner se aplica en presentar.

Hay de todo en el sentido de su obra. De todo, se entiende, lo que signifique una estampa de visión determinada erigida a categoría de universalidad; suave ironía; humor sarcástico; rica empapada en llanto; ecos de lamentaciones de diáspora; y de orgullo de supervivencia; y de ese "Trots alem forois!" (a pesar de todo ¡adelante!), lema enervado de los guerrilleros judíos en las resistencias, aun de los que no conocían el yiddish, o lo habían olvidado... Pero hay, ante todo y por sobre todo, el vigor con que un artista dueño del oficio que le ha de permitir explorar sin cortapisas, puede dar cuerpo a un imperativo espiritual.

mos de creer la publicidad que le hace la empresa), viene a consolarnos de los denuestos que anualmente recibimos, no tanto al ver que el mal es de muchos, sino al comprobar que en todas partes se cuecen habas: difícilmente puede hallarse engendro tan ridículo, tan falso y pretencioso, digno sólo de verse por la vigorosa y matizada interpretación que de su personaje hace Magda Guzmán, apoyada por dos grandes actores: Julio Villareal y Andrés Soler.

# DIORAMA DE LA CULTURA

AÑO XLI. — TOMO III

FUNDADOR:  
RAFAEL ALDUCIN

## CATOLICIS MODERNI

**E**L MUNDO Ibérico, con España al frente, se erigió en campeón de una causa que acabaría fracasando. La historia iría por otro camino, el director de ese camino iba a ser el Mundo Occidental. Más importantes que los intereses de la comunidad iban a ser los intereses de los individuos que la hacían posible. Más importante que la comunidad de los pueblos cristianos iba a ser el interés concreto de cada pueblo independientemente de su cristianismo.

Francisco I iba a tener más razón con su idea sobre la soberanía nacional que Carlos V con la de un Imperio Cristiano. Por eso, mientras éste se

rechos que quiere le reconocan y reconoce en sus nacionalidades.

En fin, una nueva forma de imperialismo que tendrá como base el predominio material sobre otros pueblos y no la conciencia de que éstos pueden formar parte de una misión, una gran misión en la cual podrían participar todos los pueblos del mundo sin discriminación.

**P**ERO volvamos a ese sueño de un Imperio Cristiano bajo la hegemonía Ibero. ¿En qué consiste este Imperio que quisieron establecer los mejores hombres del mundo ibero en el siglo



FRANCISCO I

engrandecer a Francia

empeñaba en unificar a Europa y evangelizar los nuevos mundos descubiertos, Francisco I se empeñaba, a su vez, en engrandecer a Francia, engrandeciéndose con ella.

Mientras Carlos V predicaba una nueva cruzada contra los viejos enemigos de la Cristiandad, los turcos; el rey de Francia, atendiendo a las llamadas razones de estado, a las necesidades de lo que iba a ser la nación francesa, se aliaba con Solimán y sus turcos para frenar a Carlos.

La misma Roma se preocupaba más por el poder material, entre las nascentes fuerzas que representaban los poderes nacionales, que por el poder espiritual. El Papa, dice Valdés, está en la tierra para continuar a Cristo y encarnar el espíritu evangélico, no para ser un jefe de estado y defender sus posesiones con las armas en la mano. "El señorío y autoridad de la Iglesia más consiste en hombres que no en gobernación de ciudades." "Si es necesario y provechoso que los Sumos Pontífices —agrega Valdés— tengan señorío temporal o no véno ellos. Cierito, a mi parecer, más libremente podrían entender en las cosas espirituales si no se ocupasen de las temporales."

Palabras ciertas pero que no vallan ante el giro que llevaba el mundo. La historia iba por otro camino que el elegido por el Mundo Ibérico: "Emancipación de Roma, atesoramiento de riquezas, nacionalismo; reforma, capitalismo y grandes potencias," dice Eugenio Imaz.

En lugar de un Imperio surgieron en Europa grandes y pequeñas naciones, naciones fuertes, potencias y naciones débiles. Potencias que extenderán su poder sobre pueblos más débiles originando un nuevo tipo de imperialismo. Potencias que sólo entre sí se guardarán un adecuado respeto que sólo podrá mantener el temor a la derrota. De allí esa preocupación moderna de que ya hablamos: el equilibrio europeo, basado en pactos y ligas, en antipactos y antiligas. Pactos y ligas de fácil ruptura cuando uno de los participantes tiene la seguridad de poder triunfar y avasallar al otro u otros participantes. Avasallamiento sobre los débiles y equilibrio frente a los fuertes. Y como expresión de esos intereses concretos el nacionalismo.

El nacionalismo que dará origen a esa otra forma de imperialismo de que hablamos. Imperialismo que no es sino unificación de la soberanía de una nación sobre la soberanía de otras más débiles. Un imperialismo que se resistirá a conceder a otros pueblos menos fuertes los mismos de-

XVII? ¿Cuál es la esencia de la llamada *Philosophia Christi* que los animó?

Ya hemos anticipado algo: se quería unir, integrar, un mundo que amenazaba destruirse. Este descubrimiento lo fue la libertad. La libertad del individuo como fuente de toda cultura. Era la libertad y la individualidad las que estaban poniendo en crisis valores que hasta ayer habían hecho posible el sentido de comunidad cristiana. Una comunidad que abarcaba todo el orbe conocido, por encima de los concretos intereses de emperadores, reyes, papas, príncipes o pueblos. El grupo de hombres que decidió rehacer esta comunidad puesta en crisis, tenía clara conciencia del peligro que la amenazaba.

"Los representantes de la *Philosophia de Cristo* —dice Joaquín Xirau—, toman clara conciencia del abismo que se va a abrir ante el futuro de la civilización cristiana." Para salvar este abismo era menester, antes que nada, una reforma. Pero una reforma que fuese la inversa de la realizada en la Europa Occidental. El triunfo de la Reforma protestante había implicado la división de la Iglesia que había servido de unión, en múltiples iglesias. En realidad, cada individuo se transformaba en una iglesia, si así podía llamarsele, partiendo de la posibilidad de la relación directa entre Dios y cada uno de sus fieles.

Algo distinto buscaba la Reforma española. De haber triunfado ésta, la reforma habría sido interna, dentro de la misma Iglesia. Dentro de ella se habría buscado la conciliación de los nuevos intereses con los propios de la cristiandad. El individualismo moderno, ya consciente, habría jugado un papel dentro de esta conciliación, uno de los más importantes papeles.

Por eso, desde este punto de vista, se puede decir que la Reforma española era una reforma católica puesto que se empeñaba en mantener la idea de comunidad de la Iglesia. Sólo que dentro de una Iglesia transformada, flexible, apta para asimilar los nuevos valores de la Modernidad, tal y como lo hacían los misioneros cristianos en las nuevas tierras descubiertas asimilando culturas que parecían extrañas al Cristianismo. Por ello los reformadores iberos se preocupaban por encontrar una fórmula que conciliase los valores de la Cristiandad con los de la Modernidad.

"Ante esta situación —dice Xirau—, era preciso hallar una fórmula que, integrando las conquistas de la libertad, se moviera en el ambiente de las más antiguas tradiciones y